

EL DINERO, DE LA EVOLUCIÓN A LA INVOLUCIÓN: UN ANÁLISIS DE LA HIPERINFLACIÓN. PARTE II

Money, from evolution to the involution: Hyperinflation analysis. Part II

WILLIAMS RUIZ*

Fecha de recepción: 31 de julio de 2024

Fecha de aceptación: 5 de diciembre de 2024

Abstract: This paper (part I & II) seeks to address the involution process of money through the Austrian School of Economics, mainly through Menger and Mises. Throughout history money has emerged and evolved with the purpose of improving exchange and perfecting it; it has served to increase the welfare of societies, increase trade and improve economies. When we have approached the main subject of this article, we have done so because —understanding the evolutionary process of money— we understand that a stage of involution has been reached which, in a great number of cases, has led to the loss of all the advantages derived from the evolutionary process of money. The greatest and most extreme case, but not the least frequent, is reflected in chronic inflationary and hyperinflationary episodes.

Keywords: Money; Inflation; Hyperinflation.

JEL Classification: E0; E31; E50.

Resumen: Este artículo (parte I & II) procura abordar el proceso involutivo del dinero a través de la Escuela Austriaca de Economía, principalmente a través

* Ph.D en Economía por la Universidad Rey Juan Carlos (Mención Cum Laude). Máster en Economía de la Escuela Austriaca por la Universidad Rey Juan Carlos. Economista por la Universidad de Carabobo. Profesor del Departamento de Economía, Negocios y Relaciones Internacionales de la Facultad de Economía, Empresa y Comunicación de la Universidad Europea de Madrid. Correo: williamsrafael.ruiz@universidadeuropea.es ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9729-7960>

de Menger y Mises. A lo largo de la historia el dinero ha surgido y evolucionado con el propósito de mejorar el intercambio y perfeccionarlo; ha servido para incrementar el bienestar de las sociedades, aumentar el comercio y mejorar las economías. Cuando nos hemos aproximado al tema principal de este artículo, lo hemos hecho porque —entendiendo el proceso evolutivo del dinero— comprendemos que se ha alcanzado una etapa de involución que, en una gran cantidad de casos, ha conducido a la pérdida de todas las ventajas que se derivaban del proceso evolutivo del dinero. El mayor y más extremo de los casos, pero no por ello el menos frecuente, se refleja en los episodios inflacionarios crónicos y de hiperinflación.

Palabras clave: Dinero; Inflación; Hiperinflación.

Clasificación JEL: E0; E31; E50.

Introducción

Este artículo es una continuación de la Parte I —previamente presentada— que procura abordar el proceso evolutivo del dinero a través de la Escuela Austriaca de Economía, principalmente a través de Menger y Mises. Cuando nos hemos aproximado al tema que compete a este artículo (I & II), lo hemos hecho porque entendiendo el proceso evolutivo del dinero, gracias a Menger, comprendemos que se ha alcanzado una etapa de involución que —en una gran cantidad de casos— ha conducido a la pérdida de todas las ventajas que se derivaban del proceso evolutivo del dinero. En esta segunda parte abordamos las consecuencias del incremento de la oferta monetaria por encima de los niveles de producción de la economía y las correspondientes repercusiones; hasta llegar a la más extrema. El mayor y más extremo de los casos, pero no por ello el menos frecuente, se refleja a través de los episodios inflacionarios crónicos y de hiperinflación; en estos procesos el poder adquisitivo se deteriora a tal punto que pierde la función esencial como medio común de cambio, y por lo tanto es despreciada en las transacciones y operaciones del mercado, alcanzados estos episodios las monedas lejos de mejorar y perfeccionar el intercambio lo obstruyen porque los agentes se niegan a aceptar la moneda en el mercado. Sumergidos en tsunamis de

emisión monetaria los individuos se ven incapaces de encontrar otro uso al papel que es incapaz de expresar algún valor en el mercado, pues a diferencia del dinero mercancía, el papel moneda carece de valor intrínseco y no es útil para ningún otro propósito doméstico o industrial. Ese dinero obstruye y obstaculiza el intercambio y es despreciado como medio común de cambio, parece en el intento de cumplir cualquier función monetaria.

Consecuencias del aumento de la oferta monetaria cuando su demanda permanece constante o no varía

Mises (2012) plantea que por lo general las variaciones que surgen de pequeños desajustes individuales entre la demanda y la cantidad de dinero de un individuo suelen ser compensados por comportamientos en dirección contraria de otros agentes en el mercado, por lo que estos sucesos individualizados difícilmente tengan un alcance general. Pero, si no llega a existir semejante compensación y la fuerza que se ejerce desde la cantidad de dinero no se ve contrarrestada por un comportamiento contrario en la demanda —que permanece constante o no varía—, la consecuencia será una alteración en el valor de cambio objetivo del dinero. En este sentido, si lo que conlleva a tal desajuste —entre la demanda y cantidad de dinero de un individuo— responde a circunstancias personales, accidentales y/o coyunturales, resultará poco probable que este acabe impactando de manera general en el poder adquisitivo del dinero. Caso contrario, cuando la relación entre la demanda y cantidad de dinero de los individuos se ve afectada por una alteración en la cantidad de dinero de la comunidad mientras que la demanda de dinero ha permanecido inalterada o constante, esto último altera las valoraciones subjetivas de los individuos, esta vez no de forma aislada, sino general y en gran número —lo que no implica que sea en la misma proporción y tiempo, pero si en la misma dirección—, de forma tal que se convierten en fenómenos que impactan a la economía y sociedad en su conjunto, derivando en definitiva en alteraciones del valor de cambio objetivo del dinero.

Dice Mises que la historia del dinero ha dedicado especial atención a aquellas variaciones del poder adquisitivo del dinero —valor

de cambio objetivo— que han sucedido como consecuencia de un previo incremento de la cantidad de dinero mientras la demanda permanecía invariable o no se incrementaba en la misma proporción y que estos hechos fomentaron el interés de los economistas en la teoría cuantitativa del dinero para dar explicación a este problema y por ello resulta pertinente prestar suficiente atención y aclarar aspectos teóricos relevantes. Sin embargo, aclara que un incremento de la cantidad de dinero bien sea por un aumento de la producción de materia prima con que se elabora el dinero mercancía o por una nueva emisión de medios fiduciarios, siempre tendrá un efecto importante sobre el incremento de la cantidad de dinero de algunos agentes individuales —aunque no todos y al mismo tiempo—. Este incremento de la cantidad de dinero de la comunidad conlleva a un aumento de las rentas monetarias reales de cierto número de individuos, sin que esto se traduzca en un incremento de la cantidad de bienes y servicios a la disposición de todos los miembros de la comunidad, o lo que es lo mismo en un aumento de la renta nacional. Considera que un incremento de la cantidad de dinero (dinero-signo o dinero-crédito) de una comunidad sólo puede presentarse como un incremento de la renta nacional si consigue satisfacer la demanda de dinero que de otra manera habría sido satisfecha por medio de dinero mercancía, por todo el proceso implícito en la extracción y producción del dinero mercancía, lo que necesariamente involucra la producción de una mayor cantidad de bienes y servicios para intercambiarlos por la materia prima del dinero, o la renuncia a otra clase de producción para destinar los recursos a la producción de esta materia prima (Mises, 2012: 112-113).

Lo anterior nos indica que la cantidad de dinero de una comunidad no debe responder a una voluntad sin fundamento, debe manifestar las variaciones de la demanda de dinero de los individuos, o los incrementos de las necesidades de dinero como consecuencia del aumento de la renta real. Sólo cuando hay una mayor cantidad de bienes y servicios a disposición de los individuos de una comunidad, o se ha producido previamente un incremento de la producción de la mercancía con que se elabora el dinero —porque se están destinando recursos productivos que antes se encontraban orientados a otros propósitos—, el aumento que se produzca en la cantidad de dinero de la comunidad se ve compensado con el

incremento de la renta nacional, sin que se produzca un efecto adverso sobre el valor de cambio objetivo del dinero, o al menos no se vea afectado en la misma forma y proporción que cuando se incrementa la cantidad de dinero mientras que la demanda de dinero permanece estable o no varía en la misma proporción.

Sin embargo, el incremento de la cantidad de dinero de una comunidad siempre tiende a beneficiar a cierta cantidad de agentes económicos —no a todos—, los principales beneficiarios son aquellos que se encargan de emitir el dinero el dinero-signo, o aquellos productores de la mercancía con que se elabora el dinero-mercancía. Para estos agentes, con independencia de su rol, la relación entre la cantidad de dinero disponible y demanda de dinero para cubrir sus necesidades se altera completamente.

En definitiva, la distorsión que se introdujo en el incremento de la cantidad de dinero de la comunidad mientras la demanda de dinero permanecía estable —o no variaba en la misma proporción— logró afectar el comportamiento de la demanda de dinero de cierto número de agentes económicos que por determinada razón se encuentran conectados con la fuente de emisión de dinero (bien sea porque forman parte del cuerpo que lo emite, o porque son parte de la producción de la mercancía con que se elabora), estos agentes al ver distorsionada la utilidad marginal del dinero se presentan al mercado ejecutando acciones que impulsan un cambio en los precios relativos que conlleva a un crecimiento de los precios en el mercado. Pero, el crecimiento final de los precios solo es una consecuencia de esta cadena de sucesos previos. Es el resultado de la pérdida de poder adquisitivo del dinero, o de una reducción de su utilidad marginal causada por un incremento de la cantidad de dinero cuando la demanda de dinero permanece estable o no varía (Mises, 2012: 113-114).

La gran relevancia de este hecho es que, lo que antes impactaba a un grupo determinado de agentes ahora termina causando un comportamiento en cascada en el mercado. Al acudir al mercado con una relativa abundancia de poder adquisitivo los agentes afectados demandan con mayor intensidad los bienes económicos, y se muestran dispuestos a asumir mayores precios en el intercambio, lo que termina incrementando la renta disponible de los vendedores de esos bienes económicos, causando una abundancia relativa

de poder adquisitivo que hará que pujen con mayor intensidad cuando se presentan como demandantes de bienes económicos (tal como los compradores anteriores), siendo capaces de aceptar precios más altos. Sucesivamente este comportamiento termina afectando la siguiente cadena de relaciones entre compradores y vendedores, que se va trasladando hasta alcanzar los mercados básicos y de materia prima, en última instancia (Hume como se citó e Mises, 2012: 114). De esa forma se convierte de un hecho aislado a un fenómeno extendido que termina con el incremento generalizado de los niveles de precios, o mejor dicho una reducción de valor de cambio objetivo del dinero (poder adquisitivo).

Es correcto decir que, debido a la cercanía o implicación con la fuente de emisión, aquellos que ven ampliada inicialmente su reserva de poder adquisitivo pueden momentáneamente incrementar la cantidad de bienes económicos que consumen porque el aumento de precios no es generalizado, lo que les permite tomar ventaja de precios bajos. Sin embargo, el resto de los individuos —que no han visto alterado su acopio de poder adquisitivo inicialmente— se verán sorprendidos más tarde por el incremento generalizados de los precios y absorberán por completo el deterioro del poder adquisitivo, viéndose limitados en la cantidad de bienes económicos que puede adquirir. Así pues, lo sujetos económicos iniciales ven incrementada su renta, mientras que los últimos terminan asumiendo el deterioro de esta. Es conveniente hacer la salvedad de que las variaciones y crecimiento de los precios no afecta en la misma forma, tiempo y proporción a todos los individuos.

Uno de los aspectos más interesantes de la crítica de Mises a la teoría cuantitativa es que plantea que los partidarios de la teoría cuantitativa pretenden valorar elementos dinámicos en un entorno estático. En ese sentido se centran en la discusión de que los cambios en la cantidad de dinero de una comunidad han de producir cambios uniformes y de igual proporción en todos los precios, o inversamente proporcional en el valor de cambio objetivo del dinero. Por supuesto este argumento inicial se desmonta si aceptamos la teoría subjetiva del valor y entendemos que un aumento de la cantidad de dinero de una comunidad —mientras que su demanda permanece estable o no varía— no afecta de igual forma

a todos individuos; primero, porque no se puede asumir la demanda de la comunidad como la demanda de los individuos. Cada individuo se presenta en el mercado con valoraciones subjetivas e intensidades de la demanda completamente diferente e independientes. Segundo, el incremento de la cantidad de dinero afecta a un limitado número de agentes económicos de acuerdo con su cercanía o implicación con la fuente de emisión. Así pues, el aumento de precios se verá reflejado principalmente en los bienes económicos que estos agentes demandan, incluso en una mayor proporción que el resto de los bienes. Por otro lado, considera que, si el incremento de la cantidad de dinero responde a cuestiones transitorias, coyunturales y momentáneas, no permanecerá mucho tiempo y tenderá a compensarse con un reajuste, aunque este ajuste no afectará en la misma proporción a todos los bienes económicos. La armonía de precios previa al incremento de la cantidad de dinero no se recuperará, la distorsión en los precios relativos y la disminución del poder adquisitivo del dinero no es uniforme para el conjunto de bienes económicos, ni para el total de individuos de la comunidad, entendiendo que cada uno de ellos puede poseer rentas monetarias y valoraciones subjetivas completamente diferentes (Mises, 2012: 114-115).

Finalmente Mises señala que para explicar las variaciones en el valor del dinero a través de la teoría cuantitativa tendríamos que considerar un conjunto de particularidades como exclusivas del dinero —propriadamente— para que su valor se encuentre determinado de una forma distinta al resto de los bienes económicos. Lo otro es que, al procurar explicar efectos inversamente proporcionales en el valor de cambio objetivo del dinero a partir de variaciones en la cantidad de dinero, se rompe con el método de análisis estático que plantea la teoría cuantitativa, introduciendo un elemento dinámico como la variación de la cantidad de dinero a un esquema que sólo acepta elementos estáticos (Mises, 2012: 118-119).

El mercado y el valor de cambio objetivo del dinero.

En la búsqueda de aquello que determina el valor de cambio objetivo del dinero, es —por supuesto— conveniente y adecuado tener

en cuenta la imprescindible labor del mercado y su mecanismo. El sistema de precios de mercado es en esencia un mecanismo de transmisión de información y ajuste. Se transmite información porque el precio resultante del proceso de puja entre oferente y demandante refleja el acuerdo que cierra cada transacción, cada acuerdo refleja uno de los tantos equilibrios que se alcanzan en el mercado. En cada acuerdo el comprador valora subjetivamente en menor intensidad el dinero del que se desprende en comparación con el bien que desea obtener. Mientras que el vendedor valora subjetivamente en mayor intensidad el dinero que espera recibir a cambio del bien del que se desprende. Solo bajo estas premisas es posible completar el proceso de intercambio y llegar a la fijación de un precio. Ahora bien, así como en muchas ocasiones el proceso de puja entre comprador y vendedor alcanza un acuerdo que se expresa con la fijación y aceptación de un precio para el intercambio, en otros casos —también frecuentes— no se logra esta coincidencia de las valoraciones subjetivas, lo que en definitiva impide que se complete el intercambio. Esto puede suceder porque el comprador valora subjetivamente con menor intensidad el bien que espera adquirir y por lo tanto no está dispuesto a asumir un precio muy elevado, viéndose obligado a buscar otros medios de los disponibles para satisfacer su necesidad o renunciar a ella. También, puede ser el caso que el vendedor valore subjetivamente en mayor intensidad el bien que lleva al mercado y sólo está dispuesto intercambiarlo a un precio relativamente elevado, fijando así una condición de intercambio lo bastante exigente; en tales condiciones, y a menos que se presente un comprador que estime en mayor intensidad el bien que espera obtener que el dinero del que se tiene que desprender, si ningún comprador en el mercado está dispuesto a pagar el precio fijado, el vendedor no alcanzará ningún acuerdo de intercambio, viéndose obligado a renunciar a él o tener que aceptar un precio menor, si finalmente espera alcanzar un acuerdo.

Mises se refiere muy especialmente a aquellos casos en los que la fijación del precio no responde al proceso de puja y regateo habitual del mercado, sino que existe cierto poder en la fijación del precio por parte del vendedor y el comprador no tiene mayor opción que aceptar el acuerdo de intercambio si finalmente espera

satisfacer su necesidad. Esto puede suceder porque la intensidad de la necesidad del comprador es lo suficientemente importante como para dejarla insatisfecha o bien porque el comprador cuenta con una reserva de poder adquisitivo de la que puede disponer. Bien, en este caso el comprador acepta el precio establecido por el vendedor sin ningún tipo de reparo, pero lo hace sabiendo que ante esta nueva situación él deberá contar con mayores rentas monetarias para dar cabida a la satisfacción de sus necesidades, y una manera de obtener mayores rentas monetarias es exigir mayores precios de los bienes y servicios por los que se presenta como oferente en el mercado. Si nuestro comprador inicial es un trabajador, se ocupará de demandar salarios más altos a sus empleadores o de buscar un nuevo trabajo donde reciba un salario superior. Llegados a este punto, si el empleador está dispuesto a retener al trabajador ha de pagar salarios más altos, de lo contrario perderá fuerza laboral y puede poner en riesgo el proceso productivo. En ese sentido, el empleador estará dispuesto a pagar salarios más elevados porque estima que finalmente puede repercutir este incremento en una subida del precio en los productos finales que lleva al mercado. Así se verán incrementados los precios de otros productos que forman parte de una cadena de producción y valor de otros bienes y servicios del mercado y finalmente el crecimiento de los precios se convertirá en un hecho generalizado, en una espiral interminable del que no se reconoce dónde se ubica el principio o el fin (Mises, 2012: 137).

El precio de un mercado competitivo es un proceso que se alcanza a través de la negociación y regateo, el vendedor se presentará al intercambio esperando obtener el precio más alto por su producto y el comprador esperará satisfacer su necesidad haciéndose con determinado bien al menor precio posible. El que el precio que determina el acuerdo sea uno y no otro depende de los constantes ajustes y el ejercicio de prueba y error al que están sometidos tanto compradores como vendedores en el mercado, estos fijarán barreras que irán calibrando hasta alcanzar el equilibrio bajo un precio que exprese el mutuo acuerdo. Este precio de mercado se puede desviar de su objetivo si en determinada circunstancia el comprador —aun cuando estime como elevado el precio— acepta pagar precios altos, sin objeción, porque cuenta

con obtener rentas monetarias superiores en el futuro. El mecanismo de ajuste y calibración que indica al vendedor cuándo el precio fijado es demasiado elevado y que lo guía hacia un ajuste más adecuado a lo que el mercado está dispuesto a pagar se desvirtúa si no se produce esta corrección y los compradores se muestran dispuestos a aceptar cualquier precio fijado. El vendedor es incapaz de advertir que lo que parece un incremento de la rentabilidad del negocio es simplemente el comienzo de una escalada en precios que terminará diluyendo el poder adquisitivo de los ingresos excedentarios que ha obtenido por fijar un precio elevado y no ser advertido por el rechazo de los compradores (Mises, 2012: 137-138).

Una vez más Mises hace la salvedad de que un incremento de los precios no debe, ni tiene necesariamente que conducir a un incremento de la demanda de dinero. Plantea que es muy probable que ante crecimiento de los precios los individuos no piensen en incrementar su demanda de dinero para hacer frente al alza de los precios, sino más bien, se enfoquen en incrementar sus rentas monetarias para compensar el aumento de los precios, pero no considera lógico pensar que un incremento de los ingresos monetarios necesariamente conduzca a incrementos en las reservas de dinero. Reconoce que es posible que las demandas individuales de dinero suban con los precios, pero advierte que no existen fundamentos que prueben que esto deba suceder tácitamente, y que, de generarse sea en tal proporción y magnitud que anule el efecto producido sobre el poder adquisitivo. De igual forma se plantea la idea de que un alza de los precios puede conducir a los individuos a procesos de austeridad que eliminen ciertos gastos superfluos y que ante la nueva situación no quieran o están en condición de asumir, causando una revisión del nivel adecuado de reserva de dinero, que ahora ha de ser menor porque el sujeto ha optado por restringir su consumo. Es así como el resultado de un alza de los precios no se reflejaría en un aumento de la demanda de dinero, sino por el contrario una disminución. Finalmente, estos ejercicios terminan siendo desarticulados porque suponen introducir factores dinámicos bajo estados estáticos, esencialmente por las bases que constituyen la teoría cuantitativa (Mises, 2012: 139-140).

Consecuencias sociales de las variaciones en el valor de cambio objetivo del dinero

Aunque suele esgrimirse la inflación como una política que obra en favor de los deudores y en contra de los acreedores, porque estos últimos no son conscientes de impacto inflacionario, bien es cierto que esto se cumple cuando el efecto de la pérdida de poder adquisitivo no es esperado por los acreedores y se ven sorprendidos. Pero, una vez que el fenómeno inflacionario resulta habitual, frecuente y crónico, es imposible que —en medio de su labor— los acreedores no sean conscientes e incorporen en sus estimaciones las correspondientes implicaciones de la inflación, en consecuencia la inflación termina encareciéndose y reduciendo el préstamo, lo que representa un perjuicio, más que un beneficio para los deudores, quienes podrían gozar de mayor volumen y mejores condiciones de financiación en un entorno libre de inflación, o con estabilidad de precios moderada (Mises, 2012: 195)

Con regularidad —ante escenarios inflacionarios persistentes— las relaciones de intercambios de bienes presentes por bienes futuros suelen incorporar cláusulas y seguros que buscan proteger la rentabilidad del negocio pactado, con la intención de evitar ser perjudicados o sorprendidos por un proceso de deterioro del poder adquisitivo. Cuando llevamos estos ejercicios al extremo o nos referimos inmediatamente a procesos hiperinflacionarios podemos encontrar que bajo estos escenarios el crédito prácticamente desaparece porque los niveles de inflación que pudieran corresponder a estimaciones anuales ser ven superados en ritmos interdiarios o incluso en cuestión de horas. Pierde cualquier tipo de razón desprenderse de un capital con determinado poder de compra (independientemente del tipo de interés) para recibir incluso horas más tarde una pequeña parte del poder de compra del anterior, a pesar de que el valor nominal de la unidad monetaria se mantenga.

Otro aspecto importante corresponde al cálculo económico, la contabilidad y la planificación inter-temporal. Los procesos de pérdida de poder adquisitivo perjudican el apropiado cálculo económico, principalmente porque las distorsiones en los precios relativos impiden que los individuos realicen las estimaciones y

valoraciones subjetivas adecuadas a un proceso económico regular, orientándolos —en múltiples ocasiones— a tomar decisiones erradas. Si el patrón de referencia del cálculo económico es el dinero y por circunstancias —que ya hemos mencionado— nos enfrentamos a un deterioro de su valor, encontraremos que las decisiones y acciones que se tomen en base a este dinero pueden, en definitiva, no ser orientadas de la forma más correcta y adecuada. Un individuo que toma decisiones en base a estimaciones de poder adquisitivo erradas (mientras que desconoce el impacto real de la pérdida de poder adquisitivo) puede subestimar la pérdida real de poder adquisitivo, el deterioro del capital, y asumir niveles de ahorro e/u inversión inadecuados, entre otras cosas. Una errónea interpretación del valor del dinero puede conducir a no estimar de forma correcta y adecuada la rotación de inventario, derivando en la imposibilidad técnica de reposición. En este escenario el empresario se enfrenta a un crecimiento de precios demasiado acelerado, sin embargo, los precios a los que él ha vendido la mercancía no contribuyen lo suficiente para lograr una reposición del inventario efectiva.

En escenarios de alta inflación o inflación crónica es común que los empresarios y comerciantes incrementen la rotación de inventario y sus plazos se acorten, una rotación más tardía puede significar afrontar un crecimiento de precios restrictivo. De igual manera, una mala estimación o desconocimiento de la variación en el valor del dinero puede llevar a estimar márgenes de ganancias irreales o que no se encuentran en consonancia con los precios de mercado. Un manejo contable sin un correspondiente ajuste por inflación puede —comúnmente— guiarnos a estimar beneficios superiores a los reales. Por otro lado, cuando el empresario es consciente de la realidad inflacionaria incrementa el volumen de inventarios, reduce los plazos de reposición, disminuye el nivel de liquidez (porque el efectivo se deprecia aceleradamente) y opta por una posición más abierta en pasivos (que le favorece la inflación) y más restringida con relación a los activos. Antes que la utilización de activos se sopesa más acudir a una ampliación de pasivos que se licue con la inflación.

Luego, —aunque parezca irrelevante— cuando la inflación se hace recurrente, crónica y alcanza niveles extraordinarios como en

la hiperinflación, la contabilidad se convierte en conjunto de procedimientos improductivos incapaces de aportar valor y que constantemente involucran registrar en los asientos contables cifras de monetarias impronunciables. La inflación convierte en tediosos e infructuosos los procesos contables para la gestión empresarial. Constantemente resultan necesarias ampliaciones del cono monetario porque el valor nominal de la moneda es incapaz de preservar el mínimo poder de compra real, este proceso es sólo el paso previo hasta que se agoten las cantidades de ceros posibles que pueden contenerse en un papel moneda¹, aunque siempre existen opciones de añadir más, tantos ceros como imaginación tenga el responsable de turno.

Los procesos de ampliación del cono monetario para incorporar billetes de mayor denominación son la evidencia más notable del proceso inflacionario, con frecuencia cuando se alcanzan denominaciones tan groseras o escandalosas se recurre a procesos artificiosos denominados reconversión monetaria. La reconversión no es más que la eliminación de tantos ceros a la moneda como sea posible para empezar el juego de nuevo². Estos procesos suponen un alivio —temporal— para los que se encargan de realizar la contabilidad y rellenar asientos contables, mientras que los individuos pasarán circunstancialmente de llevar carretas cargadas de dinero para comprar el pan a tan sólo llevar unas pocas bolsas. Por supuesto, estos procesos de ampliación del cono monetario, reconversión monetaria y cualquier otra estrategia que no sea detener por completo la emisión monetaria, no representan una solución estructural y real al problema que supone la pérdida de poder adquisitivo. Con frecuencia cuando el proceso de deterioro es tan

¹ Así ha sucedido con el billete de un millón de marcos de Alemania en 1923, con el billete de cien millones de millones de dólares de Zimbabue en 2008 (Hanke & Krus, 2012), y con el billete de un millón de bolívares de Venezuela en 2020.

² Venezuela ha pasado por tres procesos de reconversión que han eliminado en total catorce ceros a la moneda. Primera reconversión: 1 de enero de 2008, eliminó tres ceros al bolívar (Decreto N.º 5.229, 06 de marzo de 2007). Segunda reconversión: 20 de agosto de 2018, eliminó cinco ceros al bolívar (Decreto N.º 3.548, 25 de julio de 2018). Tercera reconversión: 1 de octubre de 2021, eliminó seis ceros al bolívar (Decreto N.º 4.553, 6 de agosto de 2021). En total 00.000.000.000.000 (catorce ceros) han sido eliminados del bolívar y el problema persiste.

amplio y reiterado que incluso se alcanza la hiperinflación, es común que el mercado termine desechando la moneda deteriorada, que no incorpora ningún tipo de beneficio y/o servicio como medio común de cambio, y traslade no sólo para sus cálculos económicos, sino también para el uso diario, a otro tipo de dinero o moneda que sea capaz de cumplir en mejores condiciones con la función de medio común de cambio, es decir, que represente en mejores condiciones el concepto de dinero (Mises, 2012: 179-182).

Los defensores de la inflación y de la involución del dinero

En múltiples ocasiones los defensores de la inflación esgrimen que la inflación aporta competitividad al sector productivo interno respecto a los competidores en el exterior porque abarata los factores productivos internos, permitiéndole a los exportadores tener costes más reducidos pudiendo competir en el mercado exterior con cierta ventaja competitiva. La realidad es que la inflación no favorece la producción y mucho menos aporta competitividad, asumir lo anterior sería caer en un espejismo que necesariamente involucra un aislamiento económico. Pensar que la inflación aporta competitividad por el abaratamiento de los factores productivos implica asumir que todos los factores productivos los obtienes del interior del país y que sólo te dedicas a exportar lo que produces al exterior, pero la realidad es que convivimos en un entorno en el que las economías están —cada vez más— interconectadas y resulta bastante difícil contar con un proceso productivo que no requiera al menos de un componente de materia prima importada o necesite de un componente de importación en alguna parte del ciclo productivo.

La inflación cuando se hace recurrente y crónica se convierte en el peor enemigo para los procesos productivos; destruye capital, dificulta el cálculo económico y la planificación inter-temporal, altera los ciclos de reposición de inventarios, dificulta los procesos contables, e incorpora desajustes que finalmente pueden terminar destruyendo por completo los márgenes de negocio de una empresa. Es un error asociar inflación con competitividad; la competitividad de un país debe ir ligada a factores estructurales y de desarrollo, no sólo en el plano económico, sino del marco legal e

institucional, comercio exterior, infraestructuras logísticas y vías de comunicación, desarrollo tecnológico, entre otros. Si observamos el índice de competitividad global del Foro Económico Mundial y revisamos la clasificación de los primeros cinco países con mejor desempeño en competitividad, no encontraremos entre ellos a los países con el mayor nivel de inflación. Si pretendiéramos asociar la competitividad con inflación, países como Argentina, Venezuela y Zimbabue deberían haber ocupado la parte alta de la tabla del ranking de competitividad en repetidas ocasiones, pero, por el contrario, en el informe del 2019 ocupan los puestos 83 (Argentina), 127 (Zimbabue) y 133 (Venezuela) de un total de 141 países (World Economic Forum, 2019).

Componentes no monetarios de los problemas monetarios

Una de las ventajas del dinero mercancía es que supone conceptualmente una restricción para el incremento de la cantidad de dinero de forma discrecional porque supone el previo incremento de la mercancía con que está hecho el dinero y sobre la que se respaldan y emiten los billetes bancarios. Esta ventaja es precisamente lo que convirtió al patrón oro puro en una amenaza para los apetitos de gasto y discrecionalidad política de los gobiernos. La existencia del dinero mercancía se presentaba en sí misma como una restricción a los criterios políticos y apetitos populistas, resultaba más difícil poder incidir o manipular la cantidad de dinero bajo el esquema de dinero mercancía, que con el dinero-crédito o dinero-signo, estos dos le otorgaban cierta confianza y libertad al gobierno para incidir sobre la oferta monetaria con total discreción y siempre bajo un “buen juicio”. Mises resalta que con el dinero-crédito y el dinero-signo el gobierno ha tenido la capacidad de incidir sobre el valor de cambio objetivo del dinero a través del aumento o disminución de la cantidad de dinero en la economía. Pero, no ha sido una intención perseguida de forma directa, el gobierno no procura incidir sobre el poder adquisitivo del dinero, no, pero lo hace de forma indirecta cuando incrementa la oferta monetaria para cubrir las necesidades fiscales y alimentar políticas populistas de gasto público.

El gobierno no persigue —en primera instancia— incidir sobre los niveles de precios (de hecho, actúa esperando que las consecuencias de sus actos pasen inadvertidas) sino, mediante el incremento discrecional de la oferta monetaria, poder cubrir los desequilibrios fiscales originados por sus políticas de gasto excesivas y extraordinarias. En principio, antes de aceptar un ajuste presupuestario y reducir su tamaño y ámbito de acción para alcanzar las cuentas, o incrementar la recaudación impositiva para aliviar sus ingresos, ambas medidas tremendamente impopulares, los gobiernos prefieren cubrir su déficit fiscal con emisión monetaria que no es percibida de inmediato por la población y están en condiciones de hacerlo sin mayor problema porque no se enfrentan a un sistema de dinero-mercancía. Es así como un problema de origen fiscal termina convirtiéndose en una consecuencia monetaria. Por supuesto, en la medida en que han ido avanzando y desarrollándose las sociedades el rol del Estado frente al dinero ha cambiado y también lo que se le exigía respecto a esta función.

El moderno sistema monetario del dinero-fiat hace de la inflación no un problema, sino una herramienta de gestión monetaria, los gobiernos no se cuestionan el hecho de tener inflación o no, sino el nivel óptimo de inflación. Existen partidarios de la inflación que la consideran como una política sana y necesaria, capaz de contribuir a la economía y beneficiar a la sociedad, transfiriendo las rentas de los grupos más ricos a los pobres, favoreciendo las exportaciones respecto a las importaciones, a beneficiando a los deudores frente a los acreedores, en fin la inflación a los ojos de los inflacionistas parece ser la mejor de las políticas económicas deseadas, pero solo quien no padece los indeseados males de la inflación se puede atrever a proponerla como una medida optima y sana. Quienes arengan las políticas de inflación suelen ser miembros del gobierno de turno, políticos a la espera de turno para hacerse con el uso de esa herramienta, intelectuales intervencionistas que son incapaces de concebir o asimilar los males que encarna el intervencionismo o ingenuos ciudadanos que no pueden valorar los daños reales de una política de inflación.

Asimismo, mientras los responsables de la inflación escapan de su responsabilidad y el proceso de deterioro de poder adquisitivo se hace cada vez más evidente, los responsables del gobierno desvían

la atención a la consecuencia lógica de su política inflacionaria, al crecimiento generalizado en los niveles de precios. Reaccionan al crecimiento de precios esgrimiendo manipulaciones intencionadas de los comerciantes y empresarios, levantan barreras en nombre del bienestar social y establecen control de precios para evitar la perversidad de los especuladores. La inflación, tal como lo dice Mises, desvía la atención y el odio del público del principal responsable hacia los comerciantes y empresarios, a quienes se les acusa de especuladores y de aprovecharse del pueblo. En su retórica el gobierno consigue inocular el mal de la inflación en la comunidad y terminar responsabilizando a otro, con frecuencia la argumentativa invade el imaginativo bélico y se llega a catalogar como en el caso de Venezuela, de guerra económica (Mises, 2012: 197-198).

La inflación es la vía de financiamiento más expedita y barata para los gobiernos. El abuso indiscriminado de la emisión monetaria proporciona una fuente inagotable de recursos al gobierno con un margen de responsabilidad muy bajo. Acudiendo a la inflación el gobierno evita acudir a financiamiento a través de emisión de deuda o incremento de impuestos, la inflación le proporciona los recursos necesarios para llevar a cabo políticas populistas, gasto público deficitario y mantener a flote a empresas públicas improductivas.

El financiamiento por inflación facilita la permanencia en el poder de gobiernos ineficientes e irresponsables, que de no ser por el provechoso negocio de la emisión monetaria no se mantendrían en pie. Sin el recurso de emisión monetaria cualquier gobierno que quiera incrementar sus niveles de gastos tiene que necesariamente reducir gastos de otro tipo para permitirse nuevos, o incrementar sus ingresos para ampliar sus márgenes de gastos. Lo primero implica someterse a un criterio de austeridad o priorización del gasto que resulta políticamente difícil e indeseable, lo segundo involucra aumentar las fuentes de ingreso por financiamiento o recaudación, una estrategia un tanto impopular. De cierta forma la inflación se ocupa de garantizar la permanencia en el poder a gobiernos que de otra manera no lo habrían conseguido, debido a su cuestionable gestión económica terminarían fuera del poder. La inflación permite a los malos gobiernos alcanzar objetivos que de otra forma resultarían imposibles,

les garantiza la permanencia en el poder a pesar de su gestión (Mises, 2012: 198). Si de entrada los individuos pudieran advertir las consecuencias de una política inflacionaria de una forma tan directa y clara como sucede con un incremento sustancial de los impuestos para cubrir las necesidades presupuestarias, sin duda alguna algunos gobiernos no permanecerían mucho tiempo en el poder y el engaño no se dilataría en el tiempo, pero desafortunadamente en la realidad no es así³.

Resulta difícil ocultar los efectos de la inflación permanentemente y esperar engañar a los individuos de forma continua. A pesar de que los incrementos en la cantidad de dinero tardan un tiempo considerable en verse reflejados en la disminución de poder adquisitivo, una vez que estos procesos se vuelven recurrentes los individuos ganan consciencia de la realidad inflacionaria que los envuelve y aprenden a comportarse de tal manera que puedan anticiparse y evitar de la mejor forma las pérdidas derivadas de la inflación. Así lo que en principio era una cuestión que tomaba a los sujetos económicos por sorpresa, se convierte en una estimación que incorporan a sus operaciones habituales. De esta forma desaparece aquella ventaja del deudor sobre el acreedor que era sorprendido por la inflación, porque no hay sorpresa en lo que puede ser previsto. En cualquier otro escenario de negocio los individuos actúan incorporando en sus transacciones las variaciones actuales y esperadas del poder adquisitivo del dinero y proceden en consecuencia. Este hecho no es más que la ratificación del proceso inflacionario.

³ La excepción a la regla se presentó en las elecciones presidenciales de Argentina en 2023, dónde tras años de pésimas gestiones de gobierno socialista con una inflación crónica y rumbo a la hiperinflación se presentó como candidato del oficialismo el principal responsable de la política monetaria del gobierno, el ministro de economía Sergio Massa, el mismo que llevó al país a las puertas de la hiperinflación. Por fortuna del pueblo argentino estas elecciones tuvieron la particularidad de contar con el que —quizás— sea el jefe de estado mejor preparado de occidente y que goza de un excelente conocimiento y dominio de teoría económica, además es fiel seguidor de la escuela austríaca, el economista Javier Milei. Milei puso en evidencia a los responsables del descalabro económico del pueblo argentino y resultó electo con el 55,66% de los votos, es un hito que sin duda alguna representa uno de los mayores retos prácticos que haya tenido la escuela austríaca de economía; poner en marcha desde un gobierno los principios que siempre se han defendido.

La hiperinflación completa la fase de involución del dinero

Cuando la inflación es crónica y el deterioro del poder adquisitivo se hace recurrente, a menudo las unidades monetarias en circulación (por su valor facial) resultan insuficientes para llevar a cabo las transacciones habituales y se requiere de una mayor cantidad de dinero (principalmente por el crecimiento de los precios) o de ampliaciones del cono monetario para incorporar nuevos billetes de mayor denominación. Semejante crecimiento de la demanda de dinero no viene asociado a un incremento de la actividad productiva o de las rentas reales, por el contrario, los individuos demandan una mayor cantidad de dinero para cubrir el voraz aumento de los precios, los niveles de inflación hacen que el cono monetario actual y la cantidad de dinero disponible resultan insuficientes, llegando incluso a alcanzar episodios de escasez de dinero en efectivo, en este punto los precios crecen a un ritmo superior que la oferta monetaria, el poder adquisitivo de cada unidad monetaria en circulación se pulveriza y resultan necesarias grandes cantidades de dinero para cubrir la compra de bienes y servicios habituales. Cualquier incremento sucesivo de la oferta monetaria no aliviará el problema, será como pretender apagar el fuego con gasolina. Por otro lado, mientras no se detenga la emisión monetaria las ampliaciones del cono monetario resultarán insuficientes, y en cierto punto será necesario reiniciar el juego a través de una reconversión monetaria, lo que puede conducir a repetitivos procesos de ampliación y reconversión sin alcanzar la solución al problema.

Mises (2012) señala que a pesar de que se desde el Estado y los grupos inflacionistas se pretenda influir sobre las cantidades de dinero para de cierta forma controlar el poder adquisitivo del dinero, resulta imposible que este propósito se pueda cumplir porque a pesar de la importancia cuantitativa que se le dé a las variaciones de la cantidad de dinero, no se puede calcular la forma en que estas variaciones en la relación entre la oferta y demanda de dinero influyen en las valoraciones subjetivas del individuo, que son las que finalmente determinan el valor de cambio objetivo del dinero. Aun cuando en el constante juego de ensayo y error se pretenda manipular la oferta monetaria para alcanzar o acertar en

uno u otro objetivo de inflación, las posibilidades de fracasar en el intento existen y sus consecuencias son nefastas, a pesar de los artificios (ampliaciones y reconversiones) que se utilicen para procurar remediarlo. Cualquier medida de intervención —por bien intencionada que sea— corre el riesgo de causar mayores males del bienestar que espera alcanzar.

Cuando el proceso de deterioro del poder adquisitivo del dinero es continuado, crónico y recurrente, los sujetos económicos actúan aborreciendo, despreciando y emancipándose del uso de la moneda destruida; persiguiendo en el mercado cualquier otro medio de cambio que sea capaz de cumplir genuinamente con las funciones y les permita al menos preservar su poder adquisitivo alejado de las garras de la inflación.

Mises (2012) señala que una vez que los alemanes abandonaron el uso del marco y comenzaron a realizar sus operaciones de intercambio en oro pudieron escapar de los males que suponía el uso de esta moneda para ellos, por supuesto el impacto de la inflación se ve reflejado para aquellos que se ven obligados a transar en la moneda que está sometida a este proceso, en la medida que los individuos se desprendan de la moneda deteriorada y de alejen de su uso en transacciones comunes, en esa medida se alejaran de los males que incorpora.

Mises mucho antes que otros economistas es consciente del fenómeno hiperinflacionario, aunque no lo definiera como tal, nos dice que

“La inflación continuada acabará llevándonos, de un modo firme e ininterrumpido, hacia el colapso. El poder adquisitivo del dinero descenderá cada vez más, hasta que desaparezca por completo. Es cierto que se puede imaginar un proceso sin fin de la depreciación. Podemos idear un descenso continuo del poder adquisitivo del dinero sin que llegue a desaparecer y aumentar los precios continuamente sin que resulte imposible obtener mercancías a cambio de billetes. Al fin esto nos llevará a una situación en que aun las transacciones al por menor serían expresadas en millones, billones y aún cifras más altas, pero el sistema monetario seguiría existiendo” (2012: 201).

Este párrafo resume perfectamente la descripción del proceso hiperinflacionario; aborda el escenario en el que un continuado,

recurrente y crónico proceso de inflación alcanza el punto más alto y se sale de control por completo, un escenario en el que se deteriora el poder adquisitivo del dinero casi que, de forma infinita, evidentemente este escenario implica un natural y eventual abandono del uso de esta unidad monetaria.

Mises continua con el análisis del proceso de hiperinflación, ocupándose de una de las consecuencias asociadas a estos procesos como lo es la reducción en la tenencia de saldos reales de efectivo:

“Todo el mundo intenta reducir al mínimo sus reservas de metálico, puesto que son una fuente de continuas pérdidas. Los ingresos se gastan lo más rápidamente posible, y en las compras que se hacen para obtener bienes de valor estable, en lugar de un dinero que se deprecia, se asignarán mayores precios que los que corresponderían en otro caso a las condiciones del mercado. Cuando se compran mercancías que no se necesitan en absoluto, o al menos en aquel momento, para evitar tener billetes, comienza el proceso de expulsión de los mismos como medio común de cambio. Es el comienzo de la «desmonetización» de los billetes. El proceso se aviva por su carácter de pánico. Quizá sea posible una, dos, tres o aun cuatro veces mitigar los temores del público; pero al fin los acontecimientos seguirán su curso, y ya no se podrá volver atrás. Una vez que la depreciación procede tan rápidamente que los vendedores tienen que calcular con pérdidas considerables, aunque compren de nuevo lo más rápidamente posible, la situación de la moneda es desesperada” (2012: 201-202)

En los procesos hiperinflacionarios el dinero alcanza un proceso involutivo en el que, tras perder el reconocimiento y aceptación como medio común de cambio, carece de cualquier tipo de característica dineraria; es sustituido por cualquier otro medio capaz de representar en mayores y mejores condiciones la función del dinero. Regularmente los individuos acuden a ciertos valores refugios como en los procesos de crisis económicas, pero debido a la magnitud de los procesos hiperinflacionarios puede que resulte igualmente difícil hacerse con oro o plata. Cuando, o bien porque los precios son demasiado elevados o porque resulta muy complejo hacerse con estas mercancías refugio, el individuo tendrá que

conformarse con poseer un bien susceptible de ser usado para el consumo personal o para el intercambio, alcanzaremos el completo grado de involución del dinero, pasando del intercambio indirecto para lo que es esencial el dinero y por lo que ha surgido, al intercambio directo a través del trueque⁴.

A este nivel la distorsión que se alcanza en los precios relativos es tal que son incapaces de reflejar aquella relación que estima la teoría cuantitativa entre la cantidad de dinero y el valor de cambio objetivo. En estos episodios la intensidad de las valoraciones subjetivas de los individuos actúa como verdadero determinante del valor de cambio objetivo del dinero, poniéndose perfectamente en evidencia el planteamiento de Mises respecto a la teoría cuantitativa. Los individuos y comerciantes incorporan a sus valoraciones las esperadas variaciones del poder adquisitivo para tratar de protegerse —en cierta forma— de los males que les esperan. Así llegamos a un punto en el que los precios no reflejan en absoluto la coincidencia de las valoraciones subjetivas de los individuos y sus estimaciones de acuerdo con la utilidad marginal, sino que incorporan distorsiones que van asociadas al profundo deterioro del poder adquisitivo en el entorno hiperinflacionario. Estas estimaciones que son una muestra clara de las valoraciones subjetivamente de los individuos determinan conscientemente el valor del dinero y una relación de precios en la economía muy alejada a la que correspondería a una economía de mercado sin estas alteraciones.

En otro avance sobre las consecuencias de la hiperinflación, o lo que Mises llamó inflación rápida (2012: 202), se reconoce que se alcanza un nivel de deterioro del poder adquisitivo y una volatilidad en los precios que no se relaciona con el incremento en la cantidad de dinero. En este punto la disminución en el valor del dinero es mucho más rápida que el incremento de su cantidad, una realidad que contraría el supuesto de la relación entre la cantidad de dinero y el nivel de precios que plantea la teoría cuantitativa y que opera en favor de la teoría subjetiva del valor. A estas alturas las variaciones en el valor del dinero no se deben puramente a las

⁴ Dentro del proceso hiperinflacionario de Venezuela (2021) en ciertos momentos se alcanzaron acuerdos de intercambio directo vía trueque, o bien porque había una escasez de bolívares en efectivo o porque la gente renunció a aceptarlos en el intercambio.

valoraciones subjetivas de los individuos, en cuanto si estiman mayor o menor necesidad de dinero y en función de su utilidad marginal. Los individuos incorporan a sus estimaciones y valoraciones habituales un componente extraordinario que se desprende de la propia naturaleza hiperinflacionaria. Así las variaciones que se producen en el poder adquisitivo del dinero incorporan factores que no se pueden contemplar objetivamente.

Otra de las consecuencias resultantes del proceso hiperinflacionario es la subsecuente reducción en la demanda de dinero. La caída de la demanda de dinero refleja la realidad de una moneda que nadie quiere usar, que los individuos desprecian porque incorpora más malestar que bienestar, nadie estima hacer uso de una moneda que se deprecia de una manera tan rápida que su poder adquisitivo se ve diluido en instantes, el comercio la desprecia porque carece de valor como medio de cambio. La caída de la demanda individual se expresa a través de la demanda de la comunidad, que ingeniosamente ha comenzado a utilizar otros medios —que ha considerado más idóneos— para realizar sus transacciones e intercambios. Con la progresividad de la adopción y uso de estos otros tipos de medios de cambio como dinero y ven incrementada su demanda, se produce también la caída del dinero en cuestión que es despreciado y aborrecido por el público.

El escenario hiperinflacionario encierra en sí mismo un conjunto de distorsiones y prácticas que son el fruto de inofensivas y bien intencionadas intervenciones inflacionarias. La hiperinflación es el punto más extremo de la inflación, pero también encierra grandes y profundas distorsiones que pueden acabar con el sistema de precios de mercado. Bajo este escenario las valoraciones subjetivas (estimaciones de la utilidad marginal del dinero y de las mercancías) no responden a criterios normales, sino a escenarios extremos; incorporan variaciones muy por encima de las que se darían en un entorno normal, por supuesto, ningún individuo espera asumir la pérdida inflacionaria, por ello al momento de estimar sus precios espera pagar el menor precio posible y cobrar el mayor precio posible, incorporando un margen de cobertura de precios futuros que puede parecer grosero o abismal. Las expectativas de los crecimientos en precios incorporan —en cierta forma— más inflación a espiral hiperinflacionaria; los sujetos proyectan

precios muy por encima de su valoración real para protegerse del deterioro inminente, pero mientras esto sucede la hiperinflación se alimenta de ese factor de histeria y pánico que potencia la caída del poder adquisitivo aún más. Los precios suben a niveles tan extraordinarios que la base monetaria se vuelve insuficiente para cubrir las necesidades de dinero en efectivo, en cierto punto se hace evidente una escasez de dinero en efectivo que obstaculiza aún más las labores del comercio y el intercambio⁵.

La hiperinflación conduce en definitiva al abandono de la moneda en cuestión, el mercado se libra de la manera más sabia de un medio de cambio que es incapaz de cumplir con su función más esencial. Esta dinámica hiperinflacionaria destruye el dinero hasta hacerlo involucionar y desaparecer (todo esto es posible en el moderno sistema monetario en el que convivimos), los individuos desprecian su utilización en las transacciones habituales y se desprenden de él tan pronto como pueden. Cualquier tipo de capital o riqueza escapa de ser expresada en esta moneda y de inmediato busca refugio en divisas extranjeras o activos financieros denominados o pagaderos en monedas sólidas. Los intercambios de todo tipo comienzan a expresarse o referenciarse en términos de monedas extranjeras. Así pues, las relaciones laborales entre trabajador y empresa, que regularmente involucran un intercambio temporal que implica ceder horas de trabajo presente a cambio de determinado salario monetario futuro (en pagos quincenales o mensuales), comienzan a carecer de sentido gracias a la hiperinflación, bajo esta realidad al final del mes el trabajador recibe un salario de escaso poder adquisitivo del que pudiera haber recibido si recibiera el pago de la jornada de trabajo de forma diaria. Así los trabajadores y sindicatos comienzan a exigir frecuencias de pagos

⁵ En Venezuela (2021) la hiperinflación alcanzó un punto en el que se hizo evidente una escasez de dinero en efectivo y de pronto comenzaron a presenciarse procesos de compra de dinero en efectivo, resulta un poco curioso, pero, ante la escasez de dinero en efectivo las personas realizaban transferencias bancarias a cambio de dinero en efectivo y aceptaban transferir más dinero que la cantidad de efectivo que iban a recibir. Las necesidades de efectivo eran relevantes no solo para el comercio al por menor, sino que el grado de liquidez del billete bancario proporcionaba mayor facilidad para realizar operaciones e intercambios, siendo que las transferencias bancarias pueden tardar al menos 24 horas, mismo período en el que el dinero puede haber perdido notablemente su valor.

más cortas, incrementos sostenidos de salarios o incluso que el pago del salario se realice en moneda extranjera protegida de la hiperinflación.

Carece de sentido conservar el uso de una moneda supremamente deteriorada —que evidentemente encarna más malestar que beneficio—, el público decide constantemente a través de las operaciones e intercambios que llevan a cabo en el mercado, el Estado a pesar del descalabro y la ratificación más pura de sus errores en política monetaria, difícilmente se atreverá a renunciar al monopolio y privilegio de la emisión monetaria con el pretexto de no querer renunciar a la soberanía monetaria. Sin embargo, el colapso monetario da paso al abandono masivo de un sistema monetario que ha empobrecido de manera sistemática a la población y permite que el mercado transite hacia una moneda o tipo de dinero que sea capaz de cubrir cabalmente las expectativas y funciones de un medio común de cambio. En algunos casos el colapso monetario derivado de la hiperinflación resulta en la adopción espontánea de una divisa extranjera, que, si bien no es perfecta, incorpora menos males que permanecer con la moneda altamente destruida (Mises, 2012: 203-205).

El colapso monetario encarna la virtud de poder abandonar finalmente un sistema monetario opresivo y destructivo que se ha hecho evidente de la forma más clara a través de la hiperinflación, para adoptar una moneda mejor. Habitualmente resulta más difícil que los individuos sean conscientes de que una inflación moderada y continuada puede causar los mismos males, aunque de manera más dilatada y prolongada en el tiempo, sin levantar ningún tipo de alarma. Mises señala que, sin duda, toda inflación continuada «hiperinflación» debe conducir por la fuerza al colapso de esa moneda y el abandono de cualquier tipo de operación presente o futura que la involucre. A esto podríamos agregar que toda manipulación monetaria, aunque se realice de forma recurrente o continuada en el tiempo terminará por conducir —de forma rápida o dilatada— al deterioro del poder adquisitivo y a la involución del dinero hasta comprometer su existencia como medio de cambio preferido y comúnmente aceptado (Mises, 2012).

Se podría pensar que luego de un proceso de destrucción abismal del poder adquisitivo del dinero el objetivo sea perseguir una

estabilidad del valor de cambio, pero, tal como lo plantea Mises; no debemos caer en el error de perseguir la invariabilidad del valor de cambio objetivo del dinero, o de querer incidir en sí este termina siendo mayor o menor, pues no es algo que podamos alcanzar, porque —en esencia— depende de la intensidad de las valoraciones subjetivas de los individuos que se expresan en las formas en que manifiestan sus necesidades de dinero y las estimaciones de la utilidad marginal de este respecto al conjunto de mercancías. Precisamente, alcanzamos escenarios como la hiperinflación porque desde las corrientes intelectuales o teorías económicas se ha planteado la necesidad de tener que incidir y determinar el valor de cambio objetivo del dinero a través de manipulaciones en la relación entre la cantidad de dinero y las necesidades de este. Los defensores de la teoría cuantitativa o los partidarios de la inflación pensarán que siempre es posible incidir sobre el poder adquisitivo del dinero a través de manipulaciones monetarias —con propósitos fiscales— pudiendo generar más bienestar que perjuicio sobre la sociedad. Lo cierto es que no es competencia del Estado determinar el poder adquisitivo del dinero, ni siquiera establecer si este debe permanecer fijo o variable, esto es una labor que corresponde al mercado y los individuos a través de sus estimaciones subjetivas. Cuando se persigue incidir o determinar el poder adquisitivo del dinero a través de la alteración de las relaciones entre la oferta y la demanda de dinero, se crea el germen de un posible colapso futuro del mismo sistema monetario. Cualquier intervención del Estado para determinar el valor de cambio objetivo del dinero encarna el riesgo de conducir a la equivocación y el exceso, con las correspondientes repercusiones que pueden, sin duda alguna, llegar hasta un proceso hiperinflacionario (Mises, 2012: 210-212).

Conclusión

Hemos repasado las principales aportaciones de Menger y Mises; valorando cómo es que el dinero ha surgido y evolucionado de forma natural y espontánea en el mercado para dar respuesta a las necesidades de los individuos de hallar un elemento que les permitiera romper con los problemas que representaba el intercambio

directo o trueque. A lo largo de la historia el dinero ha surgido y evolucionado con el propósito de mejorar el intercambio y perfeccionarlo, en ese camino de manera natural ha servido —a través de su proceso evolutivo— para incrementar el bienestar de las sociedades, aumentar el comercio y mejorar las economías de los países. Pero también es notable que al tiempo que el dinero surgía, evolucionaba y se hacía un elemento común de la vida de las sociedades, despertando el interés del Estado. El Estado se involucró en la etapa evolutiva del dinero —como siempre—, con buenas intenciones, para “salvaguardar” el bien común y servir a la ciudadanía; En principio garantizando el peso y pureza del dinero que circulaba en sus jurisdicciones, haciéndolo a través de las casa de moneda y acuñación oficiales, de este hecho derivó el asunto de que se abrogara el derecho de categorizar y denominar qué es dinero y qué no. Así mediante ley pudo crear su propio dinero y darle fuerza legal, todo ello desconociendo el origen espontaneo del dinero y que su propia evolución es un asunto del mercado y quienes en él se encuentran, por lo cual resulta imposible crear dinero por ley, porque esencialmente el dinero requiere de la aceptación, uso y reconocimiento del mercado como medio común de cambio.

En su proceso el evolutivo y la búsqueda de mejora y perfeccionamiento del intercambio el dinero continuó hasta conseguir la figura de los certificados de depósito, una figura que representa una salida al paso de las dificultades transaccionales que representaba realizar intercambios en zonas alejadas al lugar donde se encontraba resguardado el dinero, o para disminuir los riesgos de tener que llevar el dinero encima y ser víctima del robo, o por la pesada labor que podría significar procurar una encomienda de dinero para grandes transacciones, así pues, con la intención de facilitar y mejorar el intercambio los bancos emitieron certificados de depósitos que pudieran ser usados en el intercambio en lugar de las monedas de dinero, así quien aceptaba el certificado de depósito podría acudir al banco y reclamar el dinero que correspondiera. Se hizo tan cómodo el uso de los certificados de depósito que rápidamente se extendió y generalizo su uso en el comercio y transacciones, pero siempre y cuando garantizaran al tenedor la posibilidad de reclamar el valor expresado en dinero real.

Con la extensión del uso de los certificados de depósitos se mantuvo también la prerrogativa de su obligatoria conversión en la cantidad de dinero real que representaran, así se convivió en un sistema monetario con certificados de depósitos que circulaban libremente y eran aceptados con confianza porque el sistema garantizaba su convertibilidad. Pero, este paso hacia la evolución también representaría el primer paso hacia la involución del dinero, tan pronto como los gobiernos se dieron cuenta que el papel moneda podía circular tranquilamente sin que ningún ciudadano se preocupara si el respaldo de dicho billete existía realmente, y pensando en las inagotables necesidades del Estado, decidieron que era hora de romper con la fastidiosa convertibilidad y dar el paso hacia un sistema monetario que no garantizara convertibilidad alguna al oro o la plata como dinero originario, sino que se basara en la confianza depositada en la gestión monetaria de los gobiernos, así murió el sistema monetario del patrón oro y se instauró el actual sistema fiat que rige el sistema monetario actual. Este paso ha representado el comienzo de una era inflacionaria que ha consumido el poder adquisitivo de la moneda, pues ahora los gobiernos podían emitir dinero libremente sin necesidad de respaldo alguno, en ciertos casos las autoridades monetarias actuaron con disciplina y cautela, pero en otros se han dejado llevar por el apetito fiscal y han sumergido al pueblo en el mayor de los males, en la inflación.

En este proceso surgieron también defensores del nuevo patrón monetario, alquimistas que consideraban correcto manipular ciertas variables para dominar la estabilidad de los precios y el valor de la moneda. Sobre esa fatal arrogancia se ha solidificado un sistema internacional inflacionista, que como era de esperar, falla no sólo en alcanzar sus objetivos, sino también en admitir sus errores. Cuando nos hemos aproximado al tema que compete en este artículo, lo hemos hecho porque entendiendo el proceso evolutivo del dinero, gracias a Menger, entendemos como en medio de este proceso se alcanzó una etapa de involución que en una gran cantidad de casos ha conducido a la pérdida de todas las ventajas que se derivaban del proceso evolutivo del dinero.

El mayor y más extremo de los casos, pero no por ello el menos frecuente, son los episodios inflacionarios crónicos y de hiperinflación, en estos procesos el poder adquisitivo se deteriora a tal

punto que pierde la función esencial como medio común de cambio, y por lo tanto es despreciada en las transacciones y operaciones del mercado, alcanzados estos episodios las monedas lejos de mejorar y perfeccionar el intercambio lo obstruyen porque los agentes se niegan a aceptar la moneda en el mercado. Sumergidos en tsunamis de emisión monetaria los individuos se ven incapaces de encontrarle otro uso al papel que es incapaz de expresar algún valor en el mercado, pues a diferencia del dinero mercancía, el papel moneda carece de valor intrínseco y no es útil para ningún otro propósito doméstico o industrial. En los procesos inflacionarios el papel moneda termina tirado como basura en la calle porque ha perdido tan aceleradamente el valor que carece de uso monetario, los individuos prefieren recurrir al intercambio directo a través del trueque y todas las complejidades que esto supone antes que aceptar a cambio un papel moneda inservible.

Todo lo aprendido a través de la Escuela Austriaca de Economía, principalmente a través de Menger y Mises, nos proporciona los argumentos necesarios para concluir que hemos experimentado un proceso de involución del dinero y que el sistema monetario actual no garantiza la continuidad en la mejora evolutiva del dinero, sino todo lo contrario, ratifica la preocupación de estar transitando, algunos países más rápido que otros, hacia la certera involución del dinero.

Conflictos de interés

El autor declara no tener conflicto de interés.

Bibliografía

- Bien Greaves, B. (2010). *Ludwig von Mises on Money and Inflation*. Auburn: Mises Institute.
- Böhm-Bawerk, E. (1998). *Teoría positiva del capital*. Madrid: Aostas
- Bresciani-Turroni, C. (1937). *The economics of inflation*. Northampton: Jhon Dickens & CO LTD.

- Cordeiro, J. (2016). *La segunda muerte de Bolívar*. Caracas: Cedice Libertad.
- Hanke, S. (2008). "Zimbabwe: From hyperinflation to growth." *Development policy analysis*, NO. 6
- Hayek, F. (1996). *El nacionalismo monetario y la estabilidad internacional*. Madrid: Aostas.
- Hayek, F. (2009). *Choice in currency*. Londres: The Institute of Economic Affairs.
- Hayek, F. (2024). *La desnacionalización del dinero*. Madrid: Unión Editorial.
- Huerta de Soto, J. (2009). *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*. Madrid: Unión Editorial.
- Huerta de Soto, J. (2010). *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. Madrid: Unión Editorial.
- Menger, C. (1997). *Principios de economía y política*. Madrid: Unión Editorial.
- Menger, C. (2013). *El dinero*. Madrid: Unión Editorial.
- Mises, L. (1990). *Money, method, and the market process*. Norwell: Kluwer Academic Publishers.
- Mises, L. (2007). *La acción humana*. Madrid: Unión Editorial.
- Mises, L. (2009). *El socialismo*. Madrid: Unión Editorial.
- Mises, L. (2012). *La teoría del dinero y del crédito*. Madrid: Unión Editorial.
- Rothbard, M. (2006). *Historia del pensamiento económico (I y II)*. Madrid: Unión Editorial.
- Rothbard, M. (2008). *The mystery of banking*. Auburn: Mises Institute.
- Rothbard, M. (2011). *El Hombre, la economía y el Estado (I y II)*. Madrid: Unión Editorial
- Rothbard, M. (2019). *¿Qué le hizo el gobierno a nuestro dinero?* Madrid: Unión Editorial.